

PERPETUIDAD

DE LAS IMÁGENES-RECUERDOS

Nuestros enemigos trabajando en nuestro favor.—La amnesia.—La afasia: fenómenos curiosos.—Estupenda fidelidad de la memoria.—El tiempo ¿es enemigo de la memoria?—¡admirable específico!—Ejemplos de memoria prodigiosa.

Para probar nuestra tesis hemos acudido, en los dos artículos anteriores, generalmente a la hiperemnesia: esto era muy obvio y natural. Pero ¿no podríamos ir aún más lejos, y, aventurándonos un poco, exigir la salvación a nuestros mismos enemigos? Quiero decir, el mayor enemigo de la memoria que es el olvido ¿no podría darnos en un momento de descuido algún indicio con que le podamos decir a las barbas:

Los muertos que vos matáis
Gozan de buena salud?

Probémoslo, que la fortuna ayuda a los audaces.

El olvido se llama técnicamente AMNESIA, y la hay de muchas clases. Acometamos primero que todas la AMNESIA *retrógrada* que es el tipo de las enfermedades de la memoria de reproducción. La amnesia retrógrada es una especie de la *amnesia localizada*: pérdida de los recuerdos concernientes a uno o varios períodos de la vida. A consecuencia de un choque, físico o moral, pierde un sujeto el conocimiento. Cuando torna en sí, al cabo de algunos minutos o de varios días, no conserva el recuerdo del accidente, y ha olvidado además toda su vida pasada o parte de ella a partir del choque. Algunas veces es menester recomenzar la educación del enfermo como si fuera un niño, enseñándole aún a hablar. Por lo menos aquí ¿no podemos decir que han perecido las mnésicas? ¿No será que el choque ha destruído o desorganizado el substratum material de las imágenes rememorativas? Nada de eso. O bien repentinamente, o bien gradual y paulatinamente, una mano oculta rasga el velo del olvido y aparecen intactas, vivas, remozadas, todas las imágenes, todos los

recuerdos que parecían haber emigrado al mundo de los que fueron. ¿Quiere el lector algún ejemplo? Un clergyman (clérigo), habiendo caído desde una altura, quedó desvanecido por algunos días. Al recobrase, era otro: todo lo que había aprendido en la escuela y en las clases superiores había desaparecido de su memoria. Como si fuera un niño comenzó a aprender la lengua materna y después rehizo sus estudios clásicos. Mas al cabo de algunos meses comenzó a tornarle la memoria hasta que se restableció completamente (1). Este caso es de origen traumático, es decir, ocasionado por un golpe o herida. Una conmoción moral (cólera, terror, tristeza...) puede provocar la amnesia retrógrada ni más ni menos que los traumatismos físicos. Lo mismo también la peste. Según Lucrecio, los enfermos que salieron con vida de la peste de Atenas, perdieron el recuerdo de las cosas pasadas y no se reconocían unos a otros. Tucídides dice lo mismo del tifus que sobrevino a la peste.

No hablo de la AMNESIA CONTINUA de los histéricos, porque ya dijimos que todos esos recuerdos que el enfermo cree haber perdido en su estado habitual, nos lo manifiesta el personaje subconsciente, en los ensueños, sonambulismos, escritura automática, etc.

Ejemplo típico de AMNESIA PROGRESIVA nos lo da un astrónomo ruso, el cual olvidó sucesivamente los acontecimientos próximos inmediatos, luego los del año anterior, después los de los últimos años y así progresivamente hasta no quedarle más que los recuerdos de la niñez. Parecía todo perdido cuando comenzó a llenarse la laguna, mas en dirección inversa: volvieron los recuerdos de la juventud, tras ellos los de la edad madura, luego los más recientes y últimamente los de la víspera.

Las SUBSTANCIAS TÓXICAS en general producen la amnesia progresiva. ¿Será que las imágenes mueren envenenadas? Fijemos la atención únicamente en la más inocente de ellas: la *nicotina*. Es cosa fuera de duda que el tabaco ataca la memoria: las estadísticas no pueden hablar más claro (pongan «atento oído» los fumadores). Un mariscal de Francia, por efecto del abuso de los cigarros, tuvo, entre otras manifestaciones morbosas, un debilitamiento notable de la memoria, hasta el punto de olvidar los nombres de los Ayudantes de

(1) M. ROUILLARD, *Essai sur les amnesies*, p. 76. De otro clérigo alemán nos cuenta el P. Schotto, S. J. (*Physica curiosa*, lib. III, cap. 35) que con una sangría se olvidó de escribir y leer, conservando la memoria de las demás cosas; y habiéndose sangrado al cabo de un año en la misma parte del cuerpo, recobró la memoria íntegra.

Campo. Mas dejado el tabaco, recobró la integridad de la memoria (1). Un sujeto inteligente no sabía vivir sino llevando continuamente la pipa en la boca. En la plenitud aún de la vida comenzó a sentir dificultad y embarazo en las operaciones mentales. Advertido por una pleuresía grave de la decadencia progresiva de la memoria y aun de la inteligencia, tan poderosa en otro tiempo, a los 37 años de edad, con un heroísmo que admirará tal vez más de un fumador, dió un eterno adiós a su pipa, y al poco tiempo recobró la expedición de sus facultades mentales, y sobre todo de la memoria. Se ve, pues, que las huellas mnésicas no se dejan envenenar por la nicotina. Lo mismo, poco más o menos, tendríamos que decir si quisiéramos entretenernos en las demás *psicosis exo* y *endo-tóxicas* (2).

Por el nombre de AFASIA se entiende en general una perturbación morbosa del lenguaje hablado. Si el paciente, a pesar de tener sanos y expeditos todos los órganos de fonación, no puede hablar porque no tiene palabras para expresar sus pensamientos, sufre de *afasia motora*. Si oye perfectamente lo que se le dice, pero no lo entiende, ni más ni menos que si le hablaran en lengua extraña, padece de *afasia sensorial* (*sordera psíquica verbal*) (3). El origen de este fenómeno psicopatológico hay que buscarlo en un trastorno vascular cualquiera, y su causa anatómica en una lesión cerebral (en la tercera circunvolución frontal izquierda, principalmente). ¿Qué diremos, pues? ¿Por qué el enfermo no encuentra las palabras, ni las entiende cuando las oye, sino porque la lesión orgánica ha sepultado entre sus ruinas las imágenes necesarias para entender el significado de aquéllas y saber su pronunciación? Así lo parece, y sin embargo no lo es. Todavía no se ha hecho completa luz sobre este complicadísimo fenómeno, pero ya nos hagamos discípulos de la escuela francesa (P. Marie, Montier, Surbled, Peillaube, etc.) que derribando los sillares de la teoría clásica parecía haber levantado un edificio

(1) ROUILLARD, *op. cit.*, p. 190.

(2) Aun en el tiempo en que los recuerdos no vuelven, pueden manifestar indirectamente su presencia. Mary Reynolds, a los diez y ocho años de edad, cae en un síncope de veinte horas, y se despierta con *olvido completo*. Sin embargo su inteligencia es de adulto, lo cual no sería posible si no utilizara los recuerdos anteriores.

(3) La afasia es una de las especies de la *alogia* (perturbación del lenguaje); y presenta varios grados y aun tipos diversos, que omitimos para simplificar. Cf. un hermoso y profundo trabajo de J. N. Ibero, *Razón y Fe*, XXXI, 358 y sig.

inconmovible, ya nos adhiramos a las conclusiones más recientes y más admirables de Monacow (1) y Liepmann, hemos de advertir que *las imágenes-recuerdos quedan, por lo menos en la mayoría de los casos, intactas*. «En muchos casos de afasia por lesión, no falta imagen alguna»—nos dice el P. de la Vassière (2).

Efectivamente, Surbled, defensor apasionado de las doctrinas del médico de Bicetra, P. Marie, asegura haber demostrado «con las pruebas en la mano» que los afásicos son pura y únicamente *amnésicos*, es decir, que tienen los recuerdos pero son incapaces de evocarlos (3).

Si preferimos seguir a Monakow, habremos de decir que la *afasia motora* es producida, no por la aniquilación de las imágenes, sino por la falta de comunicación y subordinación entre la potencia que preside a la expresión hablada de las ideas, y las potencias internas que dirigen a aquélla. En la fábrica—diríamos—están las máquinas cargadas de electricidad, pero se ha interrumpido la corriente, v. gr., porque se han fundido los fusibles. Y en cuanto a la *afasia sensorial* diremos que es causada o por la interrupción anatómica (o fisiológica en algunos casos) de las fibras que unen los centros donde residen las imágenes *verbales auditivas* con los centros de las imágenes *reales* (de las cosas significadas por las palabras) o sencillamente por déficit de las zonas marginales o centrales donde respectivamente se forman las imágenes. Cuando oímos la palabra *monte*, la imagen auditiva de este *signo* despierta en nosotros la imagen de la *cosa significada*, y entonces el entendimiento produce el conocimiento de lo que significa *monte*. Pero en el afásico sensorial, por las razones dichas, la imagen auditiva no puede suscitar la imagen de la cosa, y por eso para él la voz *monte* no tiene otro valor que el de sus dos sonoras articulaciones (4).

Solo suponiendo la conservación de las imágenes-recuerdos se puede explicar cómo algunos afásicos entienden y expresan por escrito lo que de palabra no pueden expresar, y cómo otros responden a lo que se les pregunta y aun pueden leer en voz alta. Sólo así se comprende el caso que cita Brown-Sequard de un afásico que soñando

(1) Su luminoso trabajo está publicado en *Ergebnisse der Physiologie*, Asher Spiro, t. VI, págs. 334-605.

(2) *Philosophia naturalis*, I, 143.

(3) *Rev. de Philosophie*, X, p. 109.

(4) Cf. *Razón y Fe*, loc. cit.

hablaba; sólo así el que de 43 enfermos, estudiados por médicos de varias naciones, 14 recobraran enteramente el habla antes de un año, *aun persistiendo la lesión orgánica*; sólo así, finalmente, el caso que trae Grasset de un *afásico completo* (es decir, que no podía darse a entender ni de palabra, ni por escrito, ni con ademanes), el cual al cabo de algún tiempo recobró los tres medios de expresión. Por el cual ejemplo podemos ver que lo que decimos de la afasia, se aplica de la misma manera a la *agrafia* (perturbación del lenguaje escrito), a la *apraxia* o *amimia* (perturbación de lenguaje mímico), y aun a la *agnosia*, que es la imposibilidad de reconocer los objetos percibidos por cualquiera de los cinco sentidos, exceptuada la palabra que es entendida. El *agnósico*—dice Peillaube—no puede suscitar aquellas imágenes que son necesarias para comprender el objeto de la sensación actual. «No es que se hayan destruído las imágenes; porque el enfermo conserva el poder de describir los objetos, aun cuando le es imposible reconocerlos cuando los percibe» (1) y cuando los describe. A un sujeto que tenía alterada la sensibilidad de la mano izquierda, le colocan en ella, sin que la vea, una llave, y le preguntan luego: «¿Qué tiene usted en la mano?» «Un objeto duro y largo con un gran agujero en una de las puntas.» Vese, pues, que percibe la sensación, pero no sabe reconocer la llave. ¿Es que ha perdido la imagen de ésta? No, porque colocada la llave en la mano sana, dice al punto: tengo una llave.

Queda por consiguiente demostrado que la amnesia y la afasia, con todas sus caprichosas variedades, no atacan más que la reproducción de las imágenes, cuya conservación se manifiesta por indubitables indicios.

Mas heos aquí que nos sale al encuentro una enfermedad que imposibilita la *fijación* de los residuos mnésicos: es la *DISNESIA*. Por esta vez habremos de confesarnos vencidos; hemos topado con el astuto enemigo que asesta los tajos de su hoz a la raíz misma. ¿O es que queremos decir que se conserva lo que no existe? Sin embargo, ¡es tan duro confesarse vencido! Veamos si podemos hacerle algún daño. En primer lugar es evidente que si realmente no se han fijado las imágenes, tampoco se pueden conservar. Pero el caso es precisamente que la *disnesia*, como ya lo observa el P. de la Vassière, es *muchas veces* más aparente que real. «Hechos que se creían reducidos a la nada pueden vibrar de nuevo y manifestar más tarde su

(1) *Rev. de Philosophie*, XIII, 391.

existencia (1).» Una señora, a consecuencia de una violenta emoción, parecía haber perdido la misma facultad de la memoria: olvidaba enteramente un nombre, un hecho, inmediatamente después de haber ocupado de él su mente, y aun esta atención no duraba más de un minuto. Pues bien, esta enferma (y lo mismo se dice de otros) hallaba en el sueño estos recuerdos que parece ni aun se habían fijado en la memoria. ¡Realmente es estupenda la fidelidad de esta noble y utilísima facultad en guardar todo lo que le encomendamos!

Finalmente, para vencer en toda la línea, es menester desalojar de sus trincheras a otro que también es, o parece ser, enemigo de la memoria: el TIEMPO. Parece ser, he dicho; porque si penetramos muy adentro en el análisis psicológico de las relaciones que guardan entre sí el tiempo y la memoria, hallaremos que lejos de ser verdadera tal enemistad, más bien los recuerdos necesitan para consolidarse de la acción reposada del tiempo. ¿No es una verdad aceptada como incontrovertible que los recuerdos se disminuyen con el tiempo? Pues bien, el psicólogo inglés Ballard, no ha mucho (1913), y últimamente Mlle. C. Hugueniu, han sometido a revisión esa verdad para ver hasta qué punto era tal en realidad. Si se les hace aprender de memoria a los niños una poesía, por ejemplo, y luego se les obliga a que la reciten en varios días sucesivos, se observa que la primera recitación, hecha inmediatamente después de la memorización, no es tan fiel como la de los días siguientes; fenómeno que Mlle. C. Hugueniu califica de *reviviscencia paradójica* (2).

La *amnesia progresiva* suministra también una prueba de la acción favorable del tiempo en la fijación de las imágenes rememorativas: los recuerdos, siguiendo la *ley de regresión*, van desapareciendo gradualmente comenzando por los más recientes y acabando con los más antiguos, de donde sale la paradoja: *lo nuevo muere antes que lo viejo*. La misma *ley de regresión* se cumplió en la parálisis general, en el alcoholismo y en la demencia esnil. Y esto podría ser una explicación de porqué el anciano es, como decía Horacio, «laudator temporis acti», alabador del tiempo pasado. «¡Oh! en mi tiempo...», tienen a cada paso los viejos en la boca. Y es que realmente el tiempo pasado es el *suyo*, el único que queda fuertemente adherido a su organismo psicológico; el presente no les pertenece, resbala por en-

(1) REGIS Y HESNARD, *Confusions mentales*.

(2) Cf. *Archives de Psychologie*, n. 56.

cima de su conciencia como la lluvia por encima de una dura peña (1).

Cuando la amnesia es curable, al reaparecer los recuerdos siguen el orden inverso de su desaparición; es decir, que los más antiguos, los últimos que fueron en marcharse, son los primeros en volver. Más aún, como ya dijimos hablando de la amnesia retrógrada de origen traumático, la memoria del accidente no vuelve jamás en la mayoría de los casos; es que le ha faltado tiempo para consolidarse y organizarse. El refrán estudiantil: *lección dormida, lección aprendida*, es una pequeña demostración de lo que vamos diciendo.

Y henos aquí ya, querido lector, al cabo del camino que nos habíamos propuesto recorrer en busca de datos para la confirmación de nuestra tesis, o digámoslo más modestamente, hipótesis (2). La vigilia, el sueño con todas sus ramificaciones normales y patológicas, algunas circunstancias críticas de la vida, el delirio, los tóxicos, los caprichos del histerismo, los arcanos de la subconciencia revelándose por la escritura automática, por la sugestión hipnótica, por las ideas fijas, por las experiencias del espiritismo, cumberlandismo, cristalomancia, etc.; finalmente, nuestros mismos adversarios la amnesia, la disnesia, la fasia, la agnosia, el tiempo nos han advertido que no es suficiente motivo para decir que un recuerdo está destruido el que su evocación sea de ordinario imposible. A la verdad, yo no sé, entendido lector, si con tantos hechos aducidos (y con otros con que se podría llenar un centenar de Estudios) habré logrado convencerte; pero de seguro que ya no te parecerá una paradoja

(1) No podemos ni pretendemos negar el hecho cierto de que la principal causa es la mayor frescura y nutrición del cerebro en las edades que más se van apartando de la vejez.

(2) Si no tuviéramos temor de parecer exagerados, diríamos que las huellas mnésicas, tenazmente rebeldes a la destrucción y a la muerte, sobreviven aún a la muerte del sujeto, emigrando, en cierta manera, por medio de la generación, al cerebro de sus descendientes. En efecto, la probabilidad de tener una cualidad cualquiera aumenta cerca de un diez por ciento cuando esta cualidad se halla en uno de los padres. Y esta herencia, contra la opinión de Candolle, es más marcada para las cualidades intelectuales que para las morales, según las conclusiones que Heymans y Wiersma sacaron como resultado de un estudio hecho en 2.500 individuos pertenecientes a 450 familias. Creemos con todo que el prudente lector ve el alcance de nuestras palabras. No decimos que las imágenes recuerdos se transmitan de padres a hijos, lo que nos parece un absurdo; sino queremos hacer resaltar lo que de esas experiencias se desprende.

decir que *nada olvidamos* y que por lo menos tendrás una vehementísima sospecha de que así es. Y puesto que no nos gusta ir solos, sobre todo por caminos poco transitados, has de saber que algunos herbartianos han pretendido que toda impresión que una vez ha formado parte de nuestra vida interior, está asegurada de una existencia inmortal e individual. Otros filósofos han rechazado con sobrada razón esta supervivencia individual, pero han sostenido que toda impresión se fija y perpetúa de alguna manera. Entre los psicólogos de nuestros días, ahí está el sesudo y grave Janet, para quien la teoría de la perpetuidad de los recuerdos es «seductora, y desde ciertos puntos de vista *muy verosímil*», y aun le parece, e insiste en ello en varios pasajes, que es una secuela de sus experiencias y de las tesis por él defendidas. De la misma opinión participan Colsenet y Boullier; y Ribot, que ha dedicado un libro, clásico en la materia, a las enfermedades de la memoria, no teme afirmar que la persistencia de los residuos mnésicos es, si no la regla absoluta, a lo menos *la regla*, y que esta regla abraza la mayoría de los casos. Y para citar algún autor del campo espiritualista, el P. de la Vassière cree *muy probable* que las imágenes no desaparecen normalmente, y que *todo objeto* conocido por la sensación puede ser representado de nuevo por la imagen (1). Y J. V. Zöllner, en su novísima obra, cree que «dichas huellas (de las imágenes) nunca desaparecen del todo», y que «no existe un olvido absoluto» (2).

Apoyados en tales autoridades, y sobre todo en los hechos que valen mucho más, bien podemos también nosotros creer sin temeridad, que, de esos pequeños astros que a cada instante aparecen centelleando en el cielo de nuestra conciencia, ninguno se extingue del todo, ni desaparece, ni se aniquila, aunque se sepulte en un ocaso sin término. El número incontable de imágenes que continuamente se proyectan en la cámara oscura de nuestra imaginación, junto con otras no menos numerosas que la fantasía incansablemente va creando, están allí, en el tesoro de la memoria, formando *asociaciones* o *sistemas* o *constelaciones* o como sea; algunas de ellas saldrán pronto a la escena evocadas por el imperio de la voluntad, o por el resorte automático de la asociación de las ideas; muchas, empero, dormirán un sueño profundo y largo—quizás eterno—no esperando más que el contacto de la *varita mágica* para salir instantáneamente al campo

(1) *Philosophia naturalis*, I, 143.

(2) *Curso de Psicología* (1905), pág. 118.

de la conciencia vivas, radiantes, cálidas, como las viejas pinturas maestras de imperecedero colorido (1).

Mas aquí—dirás—está precisamente la dificultad. ¿Dónde hallar esa varita mágica? ¿Qué me importa a mí tener en el tesoro de la memoria una infinidad de recuerdos si no está en mi mano poderme servir de ellos? ¿Qué me importa tener una arca repleta de onzas de oro si no tengo la llave con que abrirla? Sin embargo, si bien se mira en ello, no es exacto decir que no nos importa nada poseer un tesoro de imágenes; porque teniéndolo queda siempre la posibilidad absoluta de servirnos de él, junto con la esperanza de que esa posibilidad absoluta se convierta en posibilidad ordinaria. ¿Quién sabe? Nada hay a lo que el hombre no se atreva; y los pasmosos descubrimientos que cada día hace la inteligencia humana, estrella desprendida de la inmensa lumbré de la infinita sabiduría, nos obligan a ser recatados en juzgar lo que podrá hacer en los tiempos por venir. No seamos en el siglo xx más retrógrados que Horacio, quien antes del siglo I dijo que nada hay arduo a los morales, «nil mortalibus arduum est». Hemos visto que con ciertas condiciones psicológicas unos casos, fisiológicas otros, los recuerdos más recónditos se presentaban a la mirada del alma. ¿Por qué, pues, ha de ser imposible por un *procedimiento psicológico* o por un *medio fisiológico* hacer ordinario y a nuestro arbitrio lo que es extraordinario y eventual? «Ya me acordaré cuando no piense»—decimos cuando no se nos ocurre una palabra; he aquí un escaso, sí, pero verdadero procedimiento psicológico, cuyo fundamento es la evocación automática de los recuerdos. Un medio fisiológico lo constituyen las industrias de que algunos se valen para entrar en inspiración: marchar a paso acelerado, tenderse en el lecho, buscar la plena luz o la plena oscuridad, meter los pies en el agua, en el hielo, poner la cabeza al sol, tomar bebidas aromáticas, etc.; estas y otras *supercherías* no tienen otro fin que crear un

(1) Es cierto que se habla (PEILLAUBE, *loc. cit.*, XII, 19, 20; J. PHILIPPE, *Rev. Philosoph.*, I, 482) de «transformaciones de las imágenes mentales» elaboradas por un «trabajo latente» por la «cerebración inconsciente»; pero fuera de que acudir a las elaboraciones inconscientes es como «el mentir de las estrellas», no se prueban las tales transformaciones. Lo que hay es que olvidados algunos elementos de las imágenes y sustituidos otros por la fantasía, nace una segunda imagen más o menos parecida a la primera. Segunda imagen digo porque en rigor no evoco la primera, sino parte. Hermosamente San Agustín: «El sol lo recuerdo tan grande cual le vi; pues si lo recuerdo mayor o menor de lo que lo vi, ya no recuerdo lo que vi, y por consiguiente tampoco lo recuerdo.» (*De anima*, XI, 7.)

estado fisiológico particular: aumentar la circulación cerebral para poner en actividad las huellas mnésicas que están reposando, las *species sopitas* de los escolásticos. ¿Quién sabe, pues, si el día menos pensado algún alemán o algún norteamericano sorprenderá al mundo con la noticia de que ha encontrado la llave de la memoria? El misterio de la memoria comienza a esclarecerse—dice uno de los maestros de la Psicología contemporánea (Gemelli)—; y los trabajos que con este objeto vienen haciéndose desde hace treinta años nos infunden la esperanza de que algún día lleguemos a conocer aquello que San Agustín decía que ignoramos: «cuál es el poder de la memoria» (1).

Por otra parte, una memoria completa o casi completa no parece cosa puesta más allá de las fuerzas de la naturaleza. ¿Quién no ha conocido alguna de esas *memorias prodigios*? Fácil me sería llenar de nombres varias columnas. Ahí están, por ejemplo, aun entre los desheredados de Salomón, con imbéciles de extraordinaria memoria parcial, como aquel que se acordaba de la fecha de todos los entierros de su parroquia desde hacía 35 años, con el nombre y apellido del difunto y de las personas acompañantes; y el otro de quien habla Ball, que sabía de memoria la biografía de todos los obispos y arzobispos de Francia; y un niño desequilibrado, por mí conocido, que repetía, como un fonógrafo, un sermón oído, y los discursos de Cicerón leídos en otro tiempo. Ahí están esos afamados *calculistas*, como el piamontés Inaudi, «calculista-fenómeno», que no hace mucho nos hizo una visita a los españoles llenando a todos de asombro por la resolución casi instantánea y *de memoria* de problemas tan complicados como la elevación al cuadrado de un número de cuatro cifras; la repetición, también de memoria y después de una sola leída, de un número de ;42 cifras! (memoria casi cien veces superior a la media); como Diamandi y su hermana Urania, la cual en un minuto y cinco segundos extrae de memoria *la raíz cúbica de un número de ocho cifras*; como el español Baranda, y Zerah Collburu, y Mondeux, y Zacarías Dose, notabilísimo entre los calculistas, y Maugiamele, y Ferrol, y Ricardo Whatley, y d'Arcngel, imbécil ruso, y Tom Fuller, analfabeto; y entre los sabios Ampere, Arago, Bidder; y en la antigüedad Simónides, Hippios, etc., etc. Ahí están los famosos jugadores de ajedrez, que juegan 10, 15 y aun 20 partidas *sin mirar ningún tablero*, como Filidor, el iniciador de este *sport*, Fritz,

(1) *De anima*, IV, 7.

Blackburn, Steinitz, etc., etc. Ahí están esas *memorias musicales*, como la de Mozart, que ponía en solfa el *Miserere* de la Capilla sixtina después de haberlo oído dos veces; como la de aquel niño alemán de ocho años, que a la primera audición tocaba al piano una ópera; como la de un amigo mío que ignorante aún del solfeo, aprende inmediatamente un canto polifónico y orquestado, y aun lo repite con graciosa y singular habilidad cantando casi simultáneamente cada una de las voces y cada uno de los instrumentos. Ahí están esas *memorias pictóricas* como la de Tade Styka que dibuja de memoria, como si calcase, objetos vistos una sola vez. Y entrando en un orden intelectual más elevado, nos hallamos con esos *milagros de memoria*, como Menéndez Pelayo, que era una *biblioteca viviente*; Balmes y Mabillon, de igual o parecida memoria; los jesuitas españoles Andrés Burriel y Julián Navarro, de quien nos dice su condiscípulo el P. Hervás (1) que «en dos meses aprendió tan bien la lengua griega, que escribía en ella sobre cualquier asunto», y que «el escribir francés le costó solamente quince días de estudio»; el mismo P. Hervás, uno de los mayores portentos de erudición; el P. Atanasio Kircher, asimismo de la Compañía de Jesús, que poseía veinticinco lenguas (2); Clemente VI, el *literatísimo Pontífice*, en frase de su amigo el Petrarca, «de maravillosa memoria, hasta el punto que lo que una vez había aprendido, no lo podía olvidar (3)», de resultas, dicen, de un golpe en la cabeza; Walter Scott, que pudo recitar a su autor (Lochart) un poema que éste había perdido y que Scott había oído una sola vez; el Dr. Leyden, para quien era un trabajo la fidelidad y tenacidad de su memoria. Y echando una ligera mirada a la antigüedad, Cicerón nos presenta a Cármada de Atenas y a Scepso Metrodoso «casi de divina memoria (4)», y a Temístocles, quien por una respuesta que dió a un sujeto que le quería enseñar el arte de la memoria, dió a entender que «lo que una vez era infundido en su alma, ya no podía desvanecerse (5)». y Séneca nos cuenta de sí mismo (en el libro primero de las declamaciones) que en la lección de su maestro repetía al derecho y al revés dos mil palabras. Si hemos de creer a Plinio, Ciro llamaba por su nombre a todos los soldados de su ejército; y Mitrídates supo veintidós lenguas que ha-

(1) *Loc. cit.*

(2) HERVÁS, *loc. cit.*

(3) NATAL ALEX., *Historia ecclesiastica*, t. VIII, p. 49.

(4) *De orat.*, II, 74.

(5) *Ib.*, II, 88.

blaban sus súbditos y no necesitaba de intérprete para comunicarse con ellos (1). Y por acabar con un ejemplo estupendo, único tal vez en los fastos de la Psicología, San Agustín nos da a conocer a su amigo Simplicio «*excellentis mirabilisque memoriae*», el cual, como lo pudo presenciar el mismo San Agustín, recitaba *hacia atrás* todas las obras de Cicerón y de Virgilio (!!!), siendo lo más curioso del caso que el sujeto mismo ignoraba este portento hasta que se lo descubrió la casualidad (2). ¿Quiere el lector emular tan heroicos ejemplos? (3). Pues yo le aconsejo que no espere la invención de ningún *específico*; ejercite la noble y útil facultad de la memoria, porque, como ya lo dijo muy acertadamente nuestro Quintiliano, «la memoria con el cultivo se aumenta» (4).

PERFECTO CUCART.

(1) *Hist. nat.*, lib. VII, cap. 24.

(2) *De anima*, IV, 7.

(3) Traen otros ejemplares de memoria prodigiosa PLINIO en la obra citada; VALERIO MÁXIMO en el libro VIII, cap. VII, de sus ejemplos memorables; TEXTOR, tit. 6, 6; SCHOTTO, *Physica curiosa*, lib. 3.

(4) *Instit. orat.*, XI, 2.